LS
C35251m

Castillo, Aureliano del
Mari-Gracia.

5
35251m

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

MARI-GRACIA

NOVELA

POR
AURELIANO
DEL
CASTILLO

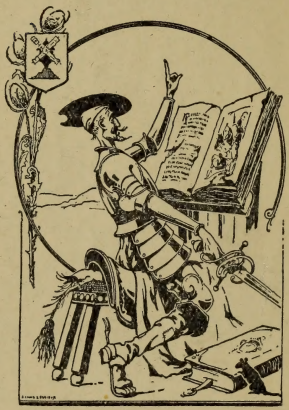
ILUSTRACIONES
DE ERNESTO
GUTIERREZ

MADRID 1904

UNA PESETA

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA



EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

A Mr. Buchanan, en testimonio de sincera amistad

El Autor

Madrid 26-1-1904.

MARI-GRACIA

Aureliano del Castillo
A.C. sc

LS
C35251m

AURELIANO DEL CASTILLO

MARI-GRACIA

-o NOVELA o-

ILUSTRACIONES

DE

ERNESTO GUTIÉRREZ

Laureada con el primer premio en el Concurso celebrado por la *Asociación Española Artístico-Literaria* en el mes de Octubre de 1903.

491603

11. 5. 49

MADRID

IMP. DE **La Nación Militar**, TITULADA «EL TRABAJO»

Guzmán el Bueno, núm. 10.

1903

Es propiedad.

DEDICATORIA

A mis padres.

A vosotros, que plantásteis el árbol, se deben sus primeros frutos, siquiera sean tan menguados como los de las presentes páginas. Recibidlos, no obstante, como natural tributo y como expresión de lo mucho que os quiere vuestro hijo

Aureliano.

I

No necesitaba, Mari-Gracia, de ningún lujoso atavío para estar hermosa, porque ya lo era bastante por sí misma; pero cuando ciertos días—aquellos en que repicaban fuerte—

ceñía su robusto cuerpo con el justillo de lana color aceituna, adornado con terciopelo rojo, y sobre sus enaguas, crujientes de tanto almidón, se echaba la sayuela, también de lana, y calzaba sus pies con las botas de *chagrín*, y cubría su talle con el mejor de sus pañuelos de seda, y de sus orejas suspendía las morcillas de oro, con el pelo brillante, como si estuviera bruñido, despidiendo toda su persona ese olor á tomillo y juncia, propio de las mujeres que no se adoban con ningún mejunge ni se lavan con otra cosa que con el agua de Dios, estaba «que se metía por los ojos», al decir de las gentes imparciales. Y como la sayuela era un tanto corta, las mangas del justillo no muy largas y el cuello de esta prenda no muy alto, había que ser ciegos para no ver el arranque de una pierna escultural, el comienzo de unos brazos que ni hechos á torno, una garganta esbeltísima y... nada más, porque Mari-Gracia, aunque vivaracha y alegre, era muy puesta en sus puntos.

No podía pasar la moza por lo que se dice un tipo fino; para esto, le sobraban aquellas mismas cosas que constituían su hermosura. Sobrábanle, en efecto, amapolas en las mejillas y le faltaban azucenas en la frente; había demasiado coral en sus labios y poca nieve en su garganta; tenía más fuego que luz en sus ojos; sobraba exuberancia á su seno y amplitud á sus caderas; pero precisamente en estas sobras y estas faltas estaba el *quid* de ser Mari-Gracia una real moza. Sus dientes, sí, eran menudos, y tan blancos, que destacaban en sus encías como una rociada de perlas en una copa de sangre.

Vivía Mari-Gracia con sus padres, un par de benditos, sin otros cuidados él, que el de los cuatro terrones que ganancialmente poseía el matrimonio, y sin más atenciones ella, que las de una cerda de cría y media docena de gallinas ponedoras. Habitaba la familia en una de las numerosas cuevas que constituyen la población troglodita de Guadix, muy cercana

de la Ermita Nueva, donde se venera la Virgen de Gracia, patrona muy querida de aquellos infelices.

Todo el mundo de Mari-Gracia se reducía á sus padres, su cueva y un poquitín, muy poco, de lo que no era su cueva y sus padres. Ni le preocupaba otra cosa que la salud de los segundos y el aseo de la primera. Y en esto del aseo ¡sí que era exagerada!

Cada quince ó veinte días se levantaba más temprano que de costumbre—al pintar el sol,—y poniéndose el peor de sus vestidos, y al rodete el más ajado de sus pañuelos, daba comienzo á la tarea de descolgar, uno por uno, los mil tatarretes que adornaban los macizos, la bóveda y los vasares de la habitación de entrada, que es, en estas viviendas, casi la única que la gente visita y conoce. Tal operación no duraba menos de dos horas, plazo que á muchos sorprenderá, teniéndolo por demasiado, pero que hallará muy justo quien conozca estas moradas. Sus habitantes lo

cuelgan todo en las paredes, y á ellas va cuanto de generación en generación logran reunir.

Los vasares, generalmente picados sobre el arco de ingreso al cuarto de la cama y sobre la cantarera, son verdaderos museos arqueológicos. ¡Dios bendito, y cuántas cosas se ven en ellos! ¡Cuánta fuente vidriada de todos los tamaños y épocas! ¡Qué de botellas, platos, jícaras y copas! ¿Y en las paredes? ¡Santo cielo, si aquello es el cuento de nunca acabar! Latas vacías, que encerraron conservas, puestas ahora sus asas en guisa de jarros; redomas atadas con cintas de colores; calabacillas de las indias; cuchareros con docenas de cucharas de lata, de hierro y de palo, con alguna de peltre; cazos de bruñido azofar y peroles de brillante cobre; canutos de pintorreada hojalata, donde al par que la licencia de algún soldado de la familia, se guardan los recibos de la contribución; candiles de estaño y velones de Lucena, y... ¡la mar!

Pues bien; todo esto y más que en el tintero queda por prolijo, lo sacaba Mari-Gracia á la plazoleta, dejando la cueva expedita para su obra. La cual se reducía á coger una escoba preparada de antemano; es decir, pasada por un peine de rastrillar lino, y con ella y la blanquísima cal que en un tiesto de cántaro se tenía guardada, proceder al enjabelgue de la habitación, que bien pronto quedaba como una paloma.

La buena de la madre de Mari-Gracia, reprendía en todos los tonos «aquellas tabarreras», porque «muy santo y muy justo que, de

tiempo en tiempo, se metiera una en tales trotes. Bueno que para la Pascuas, la Semana Santa ó las fiestas de la Virgen, se diera aquel azagón; pero eso de todos los días, era pasarse de la ley. Además, de aquellas bregas podía resultar algo malo y ser peor el roto que el descosido.»

No hay que decir que Mari-Gracia oía estas y otras razones de su madre sin abandonar la faena, antes bien, continuábala con mayor ardimiento, porque «había que tener curiosa la cueva por si se presentaba un pronto, y, en todo caso, para que estuviese allí la gracia de Dios.»

Con el trangin del blanqueo encendíasele mucho más que de ordinario el rostro á la muchacha, y al destacar en la blancura de la habitación, fácilmente hubiéranse tomado por un rojísimo clavel en un cesto de azucenas. Y si sobre la cara habían caído algunas gotas de cal, era el clavel disciplinado.

Al levantar los brazos con la mojada esco-

ba y elevarlos hacia el techo, adquiría el justillo tal tensión, se apretaba de tal modo al cuerpo de la moza, que era cosa de bajar la vista, esquivando las travesuras de la serpiente paradisiaca, sólo que se huía de un escollo para dar en otro mayor, porque si *scila* estaba en los senos de Mari-Gracia, *caribdis* estaba en sus tobillos.

A veces se veía obligada á recabar el auxilio de una silla para alcanzar, cómodamente, á la clave de la bóveda. Por cierto que, contemplándola sobre el improvisado pedestal, con su corpulencia de matrona, la arrogante cabeza levantada, el seno exuberante acentuando sus duras prominencias; plegados los vestidos á su cuerpo con visible delación de ocultas morbideces; de los brazos, levantado uno hacia la clave y horizontalmente extendido el otro para mantener el equilibrio, recordaba el faro neoyorquino *la Libertad iluminando el mundo*.

Terminada la operación del blanqueo, quedaba la de fregar los tatarretes, redoma por

redoma, vaso por vaso, y la de restregar las mesas, sillas, jarreros y demás utensilios y muebles de palo, con las cenizas de la última colada. Y todo lo hacía tan bien y prontamente, que cuando el sol entraba por la puerta de la cueva, encontraba en cada cosa un espejo en qué mirarse.

A la noche, es cierto, caía en la cama como un plomo; pero «á bien que no tenía cuidado que la desvelaran.» Esto lo afirmaba la madre porque lo decía la hija; pero si la afirmación de la primera era de buena fe, lo que es el dicho de la segunda no lo era tanto. ¡Bien sabía Mari-Gracia que no había sido una noche sola la que pasara en vela por el tintineo de cierto nombre!

II

Había que dar un paseo, los domingos de buen tiempo, por el barrio de la Ermita, para ver lo que era alegría sana y regocijo puro. ¡Qué pandillas de mozos por todas las veredas! ¡Qué tropeles de muchachas en todos los cerretes! ¡Cuánta inocente diversión por todas partes! Aquí *una rueda* de mozas, cantando á todo viento; allí un corro de mozos, jugando á la navaja; en esta plazoleta un baile; en aque-

lla un juego de prendas, y arriba, en el cielo, cubriéndolo todo, un manto muy azul y un sol muy brillante.

Domingo era, y descansando con otras amigas del zarandeo del día, se encontraba Mari-Gracia. Rendidas de tanto bregar, se habían dejado caer sobre los olorosos tomillos del cerro, como una bandada de pájaros.

Hablaban, como hablan siempre lás mujeres reunidas: todas á la vez—y en esto se parecen también á los pájaros, que cantan todos á una—, y de lo que hablan, cuando se juntan, cinco ó seis muchachas, ni menores de quince ni mayores de veinte años: de si fulano andaba detrás de fulana; de si el otro había pedido compromiso á la otra, solo por darle en los ojos á la de más allá; de si el novio de la una había regalado á ésta tal ó cual cosa; de si el de aquella había escrito, diciendo que en cuanto cogiera el canuto de lata venía á casarse; de la ropa que cada una pensaba «echarse» ó se había «echado» ya para

las muy próximas fiestas de la Virgen; del color de los vestidos, del número de los volantes, y de todas esas cosas, por fin, que constituyen la insustancial sustancia de las conversaciones femeninas.

En una variación de tan fecundo tema se hallaban las mozas, cuando viendo una de ellas que por la cercana vereda pasaba cierto mozo, exclamó, dirigiéndose á Mari-Gracia:

—Ahí llevas á Colás.

No pudo impedir la interpelada que las amapolas de sus mejillas se encendieran aún

más de lo que el cansancio las había encendido, pero repuso con viveza:

—Ahí lo lleváis toas, como yo.

—Y, ¿sabes que no te quita la mirá de encima?

—Si no hace mal de ojo, bueno vá. Lo mesmo mirará á vosotras que á mí.

—¡Qué ha de mirar, hija, si le faltan ojos en la cara pa ponerlos en tu presona! Y no niegues que tú también le has derramao la vista.

—¿Yo? ¡Estáis muy equivocás!

—¡Si querrás hacernos las tontas! Mira con qué desimulo ha güelto la cabeza al trasponer.

—No he visto tal cosa.

—¡Vaya!, que por mucho que te empeñes no pués ocultar las relaciones. Ya sabes que entre cielo y tierra ná pué haber escondío.

—Pues hija, ¡que Dios te conserve el escardillo!

—No es dengún escardillo el que me há

enterao á mí y se lo ha puesto en pico al barrio entero.

—¡Qué pocas haciendas tendrá en su casa esa presona!

En esto, una de las mozuelas que hasta aquel instante había permanecido en silencio, comenzó á cantar muy por lo bajo:

—No me mires que miran
que nos miramos...

—Si eso va conmigo —saltó al punto Mari-Gracia—te equivocas; porque como no es dengún pecao tener compromiso con un hombre, si yo lo tuviera con Colás, no lo escondería. Ya ves, ni el va pa cura ni yo pa monja.

—¡Toma!; pero como tú no quieres que se entere Ramón del noviajo...

—¡Ni que fuá mi padre, Ramón!

—No será tu padre, pero él bien claro ha dicho á tóo el que lo ha querío oir, que antes

lo afusilan que dejar que seas novia de Colás. Como á él no lo has querío, le tié que doler la acción.

—¡Jesús, hija! Pues que se ponga paños de árnica cuando llegue, si es que llega.

—O si ha llegao ya.

—Sus digo que no; palabra.

Como los lectores no tienen los antecedentes necesarios para comprender por entero esta conversación, no parece mala obra la de ponerlos al cabo de la calle.

Colás, como le llamaban las mozas, y Nicolás como le puso el cura que le bautizó, era un muchacho de lo más completo que por el barrio de la Ermita se conocía. Físicamente no valía poco, pero moralmente valía mucho más. El único pero que podía ponérsele, era el de no tener «donde caerse muerto». Toda su fortuna estaba en sus encallecidas manos y en su reluciente azada. Por esto, sin duda, jamás se había atrevido á decir á Mari-Gracia «los ojos tienes negros», y cuenta, que lo que

por la moza sentía, tocaba en los principios de la locura.

Por su parte, Mari-Gracia, no era poca la ley que tenía á Colás, pero sus padres andaban muy opuestos y avispados por tener la vista en Ramón, único hijo del tío Miguel, alcalde de barrio á perpetuidad y dueño de un tejar, cuyos ladrillos, tejas y adobes, convertidos en buenas piezas de á duro, se guardaban en cierto arcón que con el tiempo abriría Ramoncillo. Este, á su vez, andaba que bebía los vientos por Mari-Gracia; pero sus instancias y solicitudes no lograron nunca de la moza más que un rotundo «no há lugar». Bien empleado le estaba, por supuesto, al desairado mozo; por que á orgulloso y necio nadie le ganaba. Aun puede dudarse de si en su cariño á Mari-Gracia había los quilates de la ley ó no era oro todo lo que relucía.

Los padres de la muchacha, ya se ha dicho, conocedores de la inclinación que hacia su hija demostraba el hijo del alcalde,

procuraron persuadirla de que no debía desperdiciar una ocasión que «ya la hubieran querido todas las mozas de la vecindad». Pero Mari-Gracia, sin contradecir abiertamente las paternales afirmaciones, seguía en sus trece, oponiendo una resistencia pasiva imposible de vencer.

Cierto y bien cierto, según ella, que Ramón era un «fantesioso», holgazán, que ni siquiera ayudaba á su padre á moldear una mala teja y que solo aprovechaba para jugar á las cartas de día y andar tunando de noche; pero no era menos cierto, según sus padres, que Colás, «con ser tan honrao y tan güeno, —¡esto no se podía negar!—» tampoco servía para otra cosa que para trabajar como un negro desde que Dios echaba sus luces hasta el poner del sol, cuando había trabajo, y para morirse de hambre cuando no. En último resultado, concluían los padres de Mari-Gracia, ni á Ramón le hacía falta trabajar con los duros de su padre, ni Colás conseguiría en su

vida otra cosa que vivir aperreado y lleno de miseria.

Estos consejos de familia, terminaban siempre con unas «buenas noches», muy secas, del padre, unos paralipomenos (vulgo añadidos) de la madre y un «lo que ustés quieran» de la hija. Y á dormir quien tuviera sueño.

III

¡Poco jolgorio que se preparaba aquella noche en la explanada de la Ermita! Fuegos artificiales y música por largo. Era la víspera del día de la Patrona, y tanto su hermandad como los vecinos de la barriada iban á echar el resto. ¡Qué pocos serían los que al golpe de ánimas no se encontraran en la plazuela del Santuario! Tan pocos, que bien podía

asegurarse que solo los impedidos se quedarían en sus casas.

Como ni Mari-Gracia, ni sus padres, ni Colás, ni ninguno de los personajes de este drama—por que en drama acaba la historia—se hallaban en tan triste caso, seguro era que á los fuegos irían. Fueron, sí, y no se quedaron atrás en lo de abrir la boca con los cohetes de lágrimas, espantarse de las carretillas y admirar los chisperos de estrellas.

Cada mortero, fué un respingo en la multitud al estallar y un «*¡aah!*» prolongadísimo al desgranarse en luminosa pedrería. Pero el *clou* del castillo estuvo en aquel «tío» que, por arriba, por abajo, por delante y por detrás, soltaba chorros de fuego y daba vueltas como un loco, acabando por crugir y deshacerse en mil pedazos. El caso mayor de cólera fulminante que se ha visto. También hubo aquello de desenrollarse un lienzo en que manos pecadoras pintaron la imagen de la Virgen de Gracia, con una inscripción al

pie, y todo ello alumbrado por numerosas bengalas multicolores y saludado por el pueblo á los acordes de la marcha real.

Colás, á quien ya no cabía en el cuerpo el cariño que por Mari-Gracia sentía, se acercó á ella, y aprovechando el espacio de tiempo comprendido entre dos cohetes de lágrimas y dos muy arrastradas admiraciones de los padres de la moza, le pidió una cita para cuando terminasen los fuegos.

A Mari-Gracia—¿por qué se ha de decir otra cosa?—satisfizo mucho la demanda de Colás, que harto tiempo venía aguardando; así es que, entre rubores y vergüenzas mal disimuladas, accedió á lo solicitado. Y si nada debe callarse, bueno es consignar que, desde aquel instante, ni le asustaron las carretillas, ni se admiró de los cohetes de lágrimas, ni hasta se dió cuenta del estampido de los morteros. Es más—y la Virgen se lo perdone—; quizá fuera ella la única que no saludara la imagen del lienzo, mezclando su «¡viva!» al

atronador de la multitud. Podría apostarse algo á que todos sus deseos eran que aquello acabara pronto.

Se acabó, por fin, desparramándose la gente cuando estalló el «trueno gordo», especie de acorde final de la sinfonía pirotécnica; no quedando en la plazoleta, algunos minutos después de dicho acorde, más que algunos espectadores rezagados, «los tíos de los garbanzos», que apagaban los hornillos, y un enjambre de rapazuelos, que juntaban los tostados restos del castillo.

Mucho aligeró Mari-Gracia la cena aquella noche y mucha prisa metió para acostarse; mas por pronto que llegara á conseguir esto último, no lo graduó en menos de un siglo su impaciencia.

Fuese cada mochuelo á su olivo, apagóse la luz y reinó el silencio en la cueva. Cuando los ronquidos de su padre y los resoples de su madre indicaron á Mari-Gracia que ambos estaban en «otro mundo», levantóse cautelosa

del lecho, en que vestida se había echado, y de puntillas y á tientas, sirviéndose de los brazos como de remos para bogar en el mar de sombras que le rodeaba, se dirigió á la puerta de entrada de la cueva, y una vez allí, abrió sigilosamente el ventanillo que había en la hoja superior, guardado por una mala reja.

Un rayo de luna, cayendo de lo alto de la portada, iluminaba buena parte de la plazoleta, dejando en sombras el resto. Precisamente en ese lado divisó Mari-Gracia el bulto de un hombre que no era otro que Colás. Como el ventanillo fuese abierto tan silenciosamente que ni el más leve ruido produjo, se vió obligada Mari-Gracia á toser muy por lo bajo, para advertir al galán de su presencia.

Dió éste una buena chupada al cigarro que fumaba, y se introdujo bajo el arco, teniendo su cara ras con ras del ventanillo.

—¡Buenas noches, Mari-Gracia!

—Buenas las tengas, Colás!

Quedóse silencioso y como embarazado algunos momentos este último; dió otro chupetón al cigarro, cuya lumbre brilló en los ojos de Mari-Gracia, carraspeó dos ó tres veces, y al fin, como quien se lanza de un brinco al agua, cuya primera impresión teme, exclamó:

—Pues has de saber, Mari-Gracia, que te he pedío esta cita pa decirte dos razones que aquí, en el cuerpo, me están escarabajeando tiempo há.

—Tú dirás qué razones son esas, porque yo no soy adevina.

—La primera razón es... ¡que te quiero con toa el alma!

—¡Vaya por la primera, hijo! ¿Y la segunda?

—¿La segunda? Que quiero que me quieras tú á mí.

—¿No tiés más razones que soltar?

—Muchas más tengo; pero las prencipales están dichas. ¿Qué te paecen?

—Pues me paecen... así, así; bien y mal.

—¿Bien y mal?

—Eso mesmo.

—Tú dirás, Mari-Gracia.

—Pues, hijo, bien clara es la cosa. Me paece bien el que me quieras, porque, al fin y al cabo, más vale eso que no que no me pueas ver. Cuando me quieres, señal que te habré gustao; y como una no es monea de cinco duros, tié que agraecer que la miren.

—El que tié que agraecerte que lo mires, soy yo, Mari-Gracia. Pero díme por qué te ha paecío también mal lo qué te he dicho.

—Digo, que el que tú me quieras está muy bien, y el que yo te quisiera á tí no estaría mal tampoco. Lo que sí está muy mal es eso de que á la juerza te quiera yo.

—¡Eso no, Mari-Gracia! A la juerza no, sino por tu voluntá; porque tengas ahí, en tu pecho, pa mí, lo que en el mío tengo yo pa tí sola. Por que sientas, cuando me veas, la mesma alegría que siento yo cuando te veo, y por que esté el cielo nublao pa tí como lo está pa mí cuando no te tengo delante. Pero, ya te lo he dicho: á la juerza, no, que éstas no son cosas que á la juerza se puen hacer.

—Has hablao muy bien, Colás.

—Si tú me quieres... porque sí, porque te sale de adentro, de muy hondo, ya me tiés loco de alegría, y ni por el mesmo rey de España se cambia tu Colás; pero si no me quieres, paciencia, á podrirme de tristeza y á pedirle á Dios que me quite pronto de en medio y que no te dé pa otro el querer que no te ha dao pa mí.

—Eso ya es otra cosa, y está muy puesto en razón.

—Bueno, Mari-Gracia, ¿qué me contestas?

—Así, de pronto, ¿qué quiés que te conteste?

—Lo que te diga tu corazón, que algo te dirá.

—Poco me dice ahora, porque está muy callao.

—No es que está callao; es que no lo quiés oir. Y lo que te dice, Mari-Gracia, es bueno pa mí.

—¿En qué lo conoces?

—En que no me lo dices. Si fuá malo, ya lo hubieras echao fuera.

—Pues ¿sabes que has acertao? Bueno pa tí es lo que me dice mi corazón; ¿á qué vamos á mentir? Lo que es que...

—¿Que te da vergüenza?

—Más que vergüenza, lo que me da es otra cosa.

—¿Qué te da? Dilo.

—¿Pa qué?

—¡Toma!, pa que yo lo sepa.

—¿Y pa qué lo quiés saber?

—Pa quitarte el reparo.

—Pues lo que me da es... ¡miedo, Colás!

—¿Miedo?

—Sí, miedo, y mucho.

—¿Miedo quererme? ¡Mari-Gracia! ¿Te figuras que yo soy capaz de una mala partía?

—No es eso, no; ya se yo que tú eres muy honrao y yo sé que soy como soy; pero no es por tí.

—Entonces, ¿por quién es?

—Ni lo sé. Es que el corazón me dice que nuestro querer es nuestra ruina. Ya lo oyes, nuestra ruina; la tuya y la mía.

—¿Mi ruina tu querer? ¡Qué equivocá estás, Mari-Gracia! Por la mesma gloria no cambiaría yo tu querer. De modo que no pué ser mi ruina. Y lo que es la tuya, menos.

—Ojalá y aciertes; pero mi corazón pocas veces me engaña. ¡Hay tanto mal alma y tanta mala lengua!

—¡Ríete de tóo!, que pa las malas lenguas y pa las malas almas tengo yo una melecina.

—Esa melecina es la que nos mata; al tiempo, Colás.

—Al tiempo, Mari-Gracia. Y tan y mientras, á querernos como manda Dios y como es justo. A no tener yo más que á mi Mari-Gracia en el sentío y á no tener tú más que á tu Colás en el corazón. Ya te lo he dicho: á reirse del mundo entero. A que me envidien á mí los que creen que se lo merecen tóo por su bella cara, y á que te vean á tí más adorá que la Virgen de la Ermita.

—Mañana sale á la calle.

—Mañana sale, sí. ¡Y qué maja te pondrás, Mari-Gracia! Lo que van á rabiar toas las mozas del barrio.

—No hay pa tanto, hijo. La que menos me pué emprestar ropa.

—¿Y la cara? Esa sí que quisieran ellas que se la emprestaras tú.

—¿Vas á ir en la procesión?

—A ir iba, pero ya no voy. De estos alreores no salgo, para que cuando asome la

Virgen nos vea juntos y se le alegre el alma con nuestro querer. Ya verás cómo nos mira y cómo se ríe.

—Quiá Dios que no haiga llanto pa tóos.

—¿Y pa la Virgen también?

—Pa la Virgen también, Colás. ¿Te crees tú que no lloraría Ella si viera alguna infamia?

—Pues mira, Mari-Gracia, déjalo. Si hay que reir, á reir tóos, y si hay que llorar, tóos á llorar. Pero te advierto que la lágrima que echaran tus ojos había de costar un chorro de sangre.

—Lo mejor fuera que no paecieras mañana por aquí; bien sabes que es día de bebía...

—¿Estás loca, Mari-Gracia? ¿No paecer yo mañana por aquí? ¡Ni que me hicieran peazos!

En esto, se oyó bien cerca el rasgueo de una guitarra y los cantares de los mozos que festejaban á sus novias.

—De ronda van los mozos, Colás.

—Esta noche hay alegría por largo.

Poco á poco, la alegre patrulla fué acercándose, hasta confrontar con la cueva de Mari-Gracia, parándose á la entrada misma de la plazoleta. De pronto vibró en el aire una copla:

«Esta noche va á llover,
sin haber ñublo denguno;
esta noche va á haber palos
en las costillas de algunos.»

Si la luna se hubiera metido en aquel instante entre los rostros de Mari-Gracia y Colás, seguro es que hubiera retrocedido, espantada de su palidez. Como de muertos se pusieron ambos, bien que expresando afectos diferentes: el de Mari-Gracia, terror; el de Colás, ira. Sin embargo, ni el uno ni la otra se dieron por entendidos, aunque ambos habían conocido, sobradamente, la voz de Ramón. Siguieron dialogando, en tanto que la ronda se alejaba.

De allí á poco percibióse un ruido que del interior de la cueva provenía, y Mari-Gracia, con un levísimo «*¡Chist!...*», impuso silencio á Colás.

—Mi padre ha despertao; me voy.

—¿Que te vas?

—Sí, y luego es tarde pa tí.

—¿Tarde? ¡Si contigo es pa mí mediodía á media noche!

—Ná, Colás, adiós y hasta mañana.

—Escucha, Mari-Gracia.

—¿Qué quieres?

—Pues que como mañana es tu día,—aquí tartamudeaba el pobre Colás—y yo pensaba llegarme á tí esta noche, merqué este pañuelo pa regalártelo si me decías que sí.

—¿Y si te hubiá dicho que nó?

—Pues lo hubiá guardao pa que me taparan la cara con él, después de amortajarme.

—No digas tonterías.

Recibió Mari-Gracia el pañuelo que Colás sacó de entre los pliegues de su faja, muy do-

bladico y envuelto en un papel. No es cosa averiguada si el tocarse las manos al trasegar el pañuelo fué obra de la casualidad ó si la voluntad, al menos de Colás, entró por algo en el tocamiento. Ello es que se rozaron las manos de uno y otro y que ambos se extremecieron. Fenómeno eléctrico puramente: ¡se había cerrado el circuito!

—Ahora,—dijo Mari-Gracia, después de recibido y guardado el pañuelo de Colás—no sé que voy yo á hacer, por que aquí, á mano, no tengo más pañuelo que el puesto. Te advierto que lo he estrenao pa ir á los fuegos. ¿Lo quieres?

—¡Que si lo quiero! Lo mesmo que un cacho del manto de la Patrona.

—Pues tómalo, entonces.

Se quitó Mari-Gracia el pañuelo de seda que al cuello llevaba, doblólo cuidadosamente y se lo entregó á Colás. ¡Y vuelta á cerrarse el dichoso circuito!

—Lo que es éste no va á la faja—exclamó

Colás—que va aquí, al pecho, pa que vaya el corazón haciéndose al olor de tu presona.

—Bueno, pues me voy, por que si seguimos así nos va á amanecer.

—¡Qué mejor alborá!

—Con que, adiós, Colás; hasta mañana.

—Pues anda con Dios, Mari-Gracia, y hasta mañana. Pero ¿quedamos en que me quieres?

—En eso quedamos.

—¿De tóo corazón?

—Y de tóa el alma. Como tú á mí. ¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Ah!, mira, Colás.

—¿Qué quiés, Mari-Gracia?

—Que te vayas derecho á tu cueva.

—Derecho me iré; pierde cuidao.

Se fué Mari-Gracia, cerrando mañosamente el ventanillo, y se fué Colás sin saber siquiera dónde ponía los pies. ¡Tal borrachera de alegría llevaba en su alma! Cuando se hubo alejado un breve trecho de la casa de su novia,

sacó el finísimo y bien oliente pañuelo que aquella le había dado y después de recrearse en él cuanto la luz de la luna le permitió, lo llevó á sus labios y lo besó con más cariño que el soldado la bandera ó el ferviente la reliquia. Volvió á plegarlo por sus primeros dobleces y allá fué, de nuevo, al relicario de su pecho. En esto, llegaron á su oído los ecos de la guitarra y los cantares de los mozos. ¡Ah, sí! Ya no se acordaba... ¡La copla!

Atraído por los ecos, como los navegantes por el canto de las sirenas de la fábula, se fué en su derechura, cambiadas en hieles las mieles que en su boca dejara el beso del pañuelo. A poco se halló muy cerca de grupo de mozuelos que habían dejado de tocar y que al ver al novio de Mari-Gracia, salieron á su encuentro.

—Tarde te recojes, Colás—exclamó Ramón, adelantándose.

—Nunca es tarde pa el que va á su casa.

—Y paece que vas contento.

—No hay motivo pa ir dijústao.

—¿Sus habéis convenío Mari-Gracia y tú?

—¿Es que me quiés desaminar?

—Entre amigos, me paece que tóo está bien.

—Entre amigos, estará; pero ni tú eres amigo mío ni yo lo quió ser tuyo.

Los camaradas de Ramón, que veían lo mal templado de ánimo que estaba Colás y conocían el agresivo espíritu del hijo del alcalde, metieron baza en el diálogo, tratando de disipar, ó por lo menos contener, la nube que indudablemente se cernía sobre los dos rivales.

—¡Aquí tóos semos amigos!—dijo uno.—¡Ea, Colás, á echar una copla!

—Pué que no sepa ninguna—apuntó Ramón.

—No hace tanto tiempo que me has enseñao tu una muy del caso.

—Pues á cantarla, si te acuerdas.

—Si de esa no me acuerdo saldrá otra: ¡á tocar!

Sonó, de nuevo, la guitarra y Colás, con voz que la ira hacía temblorosa, cantó la copla siguiente:

«Esta noche si Dios quiere
aunque el cielo no esté ñublo,
van á llover guitarrazos
en la cabeza de alguno.

—¡Habría que verlo!—saltó Ramón.

Pero apenas si lo pudo ver; por que con la última sílaba del último verso de la copla, vino á su cabeza la guitarra, que Colás arrebató violentamente de las manos del tocador. ¡Y no fué guitarrazo el que recibió Ramoncillo! ¡María Santísima! Ni astilla quedó del instrumento.

Con el golpe vino al suelo el jacarandoso mozo, en tanto que sus camaradas huían despavoridos, por si el chubasco se generalizaba. Colás se quedó allí, á pie firme, al lado de

Ramón, que en vano intentaba levantarse y meter mano á la faca. Su rostro estaba teñido de rojo por la sangre que de la cabeza le caía.

—Ya has visto, Ramón, como mi almenaque es más fijo que el tuyo. Ahora, pués levantarte y á dar cuenta.

—Pierde cuidao, que de esto naide da cuenta hasta que me lo pagues.

—Cuando quieras; y agraece que no te mato, ahí mesmo, esta noche.

—Mañana nos veremos; esto no es náa.

—Mañana nos veremos.

Enderezóse, al fin, Ramón, y con ambas manos en la cabeza, para sujetarse la sangre, tomó el camino de su casa, y fuese Colás á la suya, ardiendo en deseos de que al día siguiente, la cabeza vendada de Ramón, dijera á Mari-Gracia, el precio á que había pagado la copla de marras.

IV

Amaneció el día de la fiesta, y con las primeras luces innundó la barriada una ola de alegría. La campana de la Ermita, estuvo como loca desde el Alba, volteada, á turno, por los mozos. A la primera misa acudió el vecindario entero, ansioso de felicitar á su Patrona que ya les aguardaba en un sencillo trono de luces y de flores.

Eran de ver las bandadas de mozas, fres-

cas y alegres, ataviadas y compuestas con lo mejorcico y más guardado del arca. No hubo pañuelo abrillantado ni vestido colorinesco que no saliera de su escondrijo aquel día.

Por su parte, los mozos, también se habían despachado á su gusto; y raro era el que no lucía aquella mañana, si no todas, alguna prenda de estreno. Bien los recios «borceguiles» de ante, ó el ancho sombrero blanco, ó la faja de lana ó de seda. Muchos, los más, llevaban al cuello, cayendo por encima de las solapas de la chaqueta, el churrigueresco pañuelo que sus respectivas novias les habían regalado la noche antes, como prenda de su amor. ¡Y con qué orgullo lucían los mozos aquellas amantes enseñas! ¡Su sangre darían todos antes que dejarlas ofender!

Ni tardo ni perezoso fué Colás en acudir á la Ermita, curiosamente trajeado, y ya se topó, en la puerta, con Ramón que, en un grupo de amigos, se entretenía piropeando á las muchachas y dejando admirar, de paso, su

lujosa vestimenta. Todo, en ella, era nuevo y de lo mejor. Los borceguíes, no de ante, sino de becerro; la faja, no de lana, sino de seda; el paño de la ropa, de lo más fino y el sombrero de lo más caro. Por que nuevo fuese todo, lo era sambién la venda que bajo el sombrero se le descubría, ribeteándole la frente y el colodrillo. Su jacarandoso continente cuadraba muy mal con aquella venda, pues que la una desmentía lo que el otro prezonaba. No obstante, los amigos que le circuían, demostraban tragarse las *bolas* que Ramón les soltaba; pero ciertos guiños de ojos, decían bien claro que las tales *bolas* no se digerían tan ainas.

—«¿Qué era lo de la cabeza?—¡Na!; un golpe, á traición, de un cobarde, que ni ánimos había tenido pa mirarle la cara.—¿Que quién había sido el cobarde?—Aquél mesmo día lo habían de ver, cuando le partiera el alma de una puñalá.—¿Que se dejara de tonterías?—¡Cá!; lo había jurao y lo tenía que

cumplir. Su palabra era una escretura. Ahora, que aguardaría la ocasión de más gente pa que vieran tóos cómo hacía él las cosas. La mesma Virgen había de ser testigo. Antes, quería decirle cuatro cosas á una mujer, á una moza presumía y llena de moños. ¡Ya lo creo que se las diría! ¡Y buenas! ¡Valientes pelos tenía él en la lengua!—¿Que aquello iba á ser su perdición?—¡Qué había de serlo! Y en último resultao, el presillo se había hecho pa los hombres».

Los mozos que acompañaban á Ramón, entre los que no había ninguno de los que presenciaron el guitarrazo de la víspera, sabían, no obstante, quién era el Vargas Machuca del perdona vidas, el por qué de su enemistad, el nombre de la mujer á quien se iban á decir las cuatro cosas, y hasta el cómo del guitarrazo, que ya habían divulgado los testigos de la escena. Sabían, también, de sobra, que, al menos por parte de Ramón, no llegaría la sangre al río, pues les constaba que el

mozo esgrimía harto mejor la lengua que la faca; pero, precisamente por esto, temían que lo que Ramón no hiciera, tras de tanto pregonarlo, se viese obligado á hacerlo Colás, sin decir una palabra.

Cuando éste llegó á emparejar con el grupo de mozuelos, dióles los buenos días sin mirar siquiera á Ramón, y se metió en la Ermita.

—Lo que es algunos—exclamó el unigénito del alcalde con visible alusión á Colás—debían aprovechar la vesita á la Ermita pa recebir el santolio.

—Mira, Ramón—dijo uno de los mozos—lo mejor es que nos vayamos á tomar una copa.

—A tomar las que se quieran ¡cabayeros! y cuidao con echarse mano al bolsillo, que hoy pago yo por tóos.

Dirigiéronse los mozos á la taberna más próxima, pasando por la puerta de la cueva donde vivía Mari-Gracia, á quien vieron muy emperegilada y llena de colorines, disponién-

dose para asistir á la fiesta. Divisarla Ramón y calarse cuanto pudo el sombrero, fué todo una cosa; mas no le valió la treta, pues cuanto conseguía cubrirse por delante dejaba al descubierto por detrás. Saludóla el grupo en-

tero y Ramón, echándole una mirada de alto á bajo, le preguntó con impertinente tono:

—¿Por quién llevas luto?

Mari-Gracia, que sin duda había comprendido el por qué de la venda de Ramón, si es que ya no la habían puesto en autos de la cosa,

y la amenaza que encerraba la pregunta, contestó con mucho retintín:

—Ya, por naide. Me lo puse esta mañana porque me dijeron que esta noche pasá te había dao un mal de corazón por cantar al sereno.

—Pues mira: no te lo quites, que otavía no se ha acabao el mal de corazón en el barrio. Ya ves que pa mí ha venío torcío; pa otro pué que venga más derecho.

—Está una hecha á tóo.

—Lo que estás es muy aviá. ¿De cuándo acá es moda que lleven tanta fantesía las mozuelas?

—Desde que es moda que lleven los mozos las cabezas atás como los melones de cuelga.

Esto amoscó, sin duda, á Ramón, que dió media vuelta y echó á andar sin despedirse de Mari-Gracia, con quien, al irse, cambiaron los mozos cierta sonrisilla.

Metiéronse en la taberna á tiempo que la

esquila de la Ermita daba los últimos toques llamando á la fiesta, y allí, copa va y copa viene, permanecieron hasta que nuevos volteos de campana anunciaron el final de la ceremonia religiosa.

V

¡Qué fiesta tan solemne la de aquel año! No recordaban los nacidos otra igual. La Ermita estaba hecha un ascua de oro, de puro alumbrada. Los ramos de flores, contrahechas ó naturales, se apiñaban en todos lados; el papel dorado cubría todos los altares, y las cortinas rojas todas las paredes. En el centro de la estrecha nave, el aprisco para la hermandad, y á los lados, en cualquier parte, donde podían, masas de mujeres rebulléndose á ca-

da instante y apretujándose por momentos.

La Misa fué cantada ¡y de tres! y ofició la capilla de música de la catedral, colocada en una especie de túnel abierto desde el altar mayor á la sacristía. El sermón fué una maravilla y un modelo de oratoria. ¡Poco que lloró el auditorio con las palabras del Padre Corveda! ¡Y poquito que lloró, también, el propio Padre, quizá por aquello de *si vis me flere!*... ¡Qué talentazo de hombre! De niño más bien, porque, ¡cuidado que era joven! Tanto, que viéndole en aquel púlpito pequeñito, sobresaliendo apenas su menuda cabecita y sus cortos brazos, constantemente dirigidos hacia arriba, como demandando el auxilio de la chacha, con su roquetillo de malla y su golilla de encaje, parecía un niño en carretillas aprendiendo á dar los primeros pasos.

Tomó el sermón de muy lejos, allá *en el principio*, cuando *el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas*, y lo dejó á la otra parte del Juicio final. ¡Qué boca de santo! ¡Qué pico de

oro! ¡Cuánto latinazo soltó! La *súplica* pasó de la raya en punto á conmovedora. Metió los corazones en un puño. Cada oyente era una Magdalena; los ojos de todos parecían los del Guadiana.

El acto de alzar dió calofríos de puro solemne. Los tres principales momentos de la sagrada ceremonia, fueron anunciados, allá, en la puerta, por tres enormes

estampidos de dinamita y tres valientes redobles de tambor. Fué aquél instante verdaderamente apocalíptico.

Colás, como individuo de la cofradía, estaba en el aprisco, con el cirio encendido durante la Misa, y apagado, por precepto de sabia economía, mientras el sermón; y Mari-Gracia, que no había sido de las últimas en llegar, se había aposentado á los pies mismos de la mesa en que, sobre andas, se mostraba la Virgen.

¡Cuánto rezó y pidió aquella pobre criatûra! ¡Con qué fervor suplicó á la augusta Patrona sus excelsos favores! Más de una lágrima de fuego rodó por sus mejillas en aquel rato. ¡Virgen de Gracia!, que no tuvieran mal fin sus relaciones con Colás. Nada de malo había en ellas. Se querían como manda Dios que se quieran los que han de ser esposos. Y aquel cariño databa de mucho tiempo atrás en sus corazones, aunque hiciera bien poco que había subido á sus labios. Colás era

bueno, «honrao», noble, y allí mismo, á sus plantas, podía verlo la Virgen, con cara de impetrar su protección. Y ella, Mari-Gracia, tampoco era mala; al menos ningún mal había hecho á nadie... ¿Por qué no dejarlos que se quisieran tranquilamente? ¿Era algún delito no querer á un vicioso, holgazán, que ni siquiera se acordaba de su Patrona para asistir á su fiesta?

Así estuvo, la infelíz, buena parte de la misa, no toda, por que al final se quedó entontecida, con sus ojos clavados en los de la imagen. El brillar de las luces y el olor de la cera, acaso fueron las que determinaron aquella crisis psicológica. Cuando vino la reacción, cuando llegó á recobrarse, casi toda la gente había salido y andaban ya apagando las luces.

En la puerta vió á Colás con otros amigos; él también la vió á ella, por que la saludó cariñosamente. Más adelante, divisó á Ramón, que con sus amigos subía por la misma vereda que ella llevaba; y á la cuenta, debían estar

«algo alegres». No quería cruzarse con él... ¿qué haría? Pues torcer el camino y dar un rodeo. ¡Gracias á Dios que lo había perdido de vista!

Si memoria para mucho tiempo dejó la fiesta de por la mañana, para tiempo más largo la dejó la procesión de por la tarde. ¡Como que todavía no se ha borrado!

Mucho antes de la hora fijada para la salida de la imágen, estaba la plazuela de la Ermita de bote en bote: no cabía una manzana. Y no fueron solamente los vecinos de aquel barrio los que á la procesión asistieron. De abajo, de la ciudad, del caserío, acudió, también, buen golpe de gente. En las puertas de las cuevas inmediatas á la Ermita, y de las enclavadas en el itinerario que había de recorrer la procesión, veíanse largas filas de «señoricas», lujosamente vestidas, con sombrillas

multicolores, sentadas formando hilera en recias sillas «de carpintero» que los habitantes de las cuevas habían ofrecido, según añeja costumbre, con buena voluntad y alegre rostro.

Por todas las sendas y vericuetos de aquellos barrancos, desfilaban cordones humanos que venían á confluir en la plazuela del san-

tuario, dando un mentís á la ley de la impenetrabilidad. Pandillas de muchachas vagaban

por todos lados y grupos de mozos rebullían por todas partes. Los músicos de la marcial, con sus uniformes grises y sus pitos dorados, y los seises de la Capilla con sus hopas rojas y sus sobrepellices blancas, aguardaban á la puerta de la Ermita; y cayendo sobre aquél conjunto abigarrado, abrillantando la seda y fulgurando en los pitos, desde un cielo espléndido, un sol refulgente.

Si todo eso había para los ojos, para los oídos no había menos de otro tanto. La esquila, volteando sin cesar en su espadaña, lanzaba chorros de notas agudas; los chiquillos, saltando y brincando, chillaban á cual más; los vendedores de «torraos» y dulce, ponían el grito en el cielo; rasgueos de guitarras y repique de palillos en tal ó cual cueva; ahora ó luego el estampido de un cohete prematuro, y sirviendo de base á tan chillona melodía, la ronca armonía del *rum-rum* de la gente.

Mari-Gracia, con algunas amigas, se hallaba en el cerrete de sobre su cueva, aguar-

dando el paso de la procesión. Colás, luciendo al cuello el pañuelo que la noche antes le regalara su novia, y acompañado de varios mozos que algo tenían que ver con las amigas de Mari-Gracia, andaba por allí en acecho «de una miaja de conversación»; y el hijo del Alcalde, con su venda en la frente y su puro en la boca, algo más que «mojao» y seguido de buena corte de satélites, iba de acá para allá, fanfarroneando de lo lindo y despreciándolo «tóo».

Los padres de Mari-Gracia, atendiendo á los señores que á su cueva habían subido, no salían de la plazoleta; y si ciertas interioridades vale consignarlas, no fueron pocos los apuros de la buena de la madre para hallar sillas que servir á tanto señorío como sin cesar recibían.

Por más que ella lo disimulara y aún lo desmintiera á sus amigas, Mari-Gracia no tenía sosiego. Su intranquilidad crecía por momentos, y cada vez que veía un grupo de mo-

zos por las inmediaciones, variaba su rostro de color. Muchas bromas la dieron sus compañeras con Colás, pero su humor no estaba para bromas aquella tarde. Las amapolas de sus mejillas se habían marchitado no poco y el coral de sus labios se había descolorido bastante; en cambio, sus ojos, ¡lo que nunca!, estaban ribeteados de rojo.

Dos ó tres veces que cruzó su palabra con la de Colás, se le había subido el corazón á la boca, y en la garganta se le había echado un nudo. ¡Ya era mucho aquello! Quizá en tales horas no se acordara Ramón del santo de su nombre. Pero no lo podía remediar; ¡vaya, que no!

Sonaron hacia la Ermita dos cohetes de gran estampido; se oyeron los acordes de la marcha real; dobló la campana la velocidad de sus repiques, y se escuchó un clamoreo de «¡vivas!»: la Virgen salía en aquel instante de su casa.

La gente de los alrededores se desbandó

en la dirección del santuario animosa de contemplar cuanto antes á su Patrona; Colás y el grupo de mozos que le acompañaba, tomó cerrete abajo y se fueron en opuesta dirección que la gente. «¿Dónde irían? ¡Ah! sí, al estanco. No tardarían en volver. Y ¿acaso no fuera mejor que no volvieran por aquella tarde? ¡Vaya usted á saberlo!

—¿Qué te ha pasao?—preguntaron de pronto sus amigas á Mari-Gracia, viéndola ponerse más pálida que un muerto.—¡Te has demudao tóa!

—¿Yo?, no; será figuración vuestra.

—¡Qué figuración, hija! El día que te lleven á enterrar no tienes la cara tan amarilla como ahora mesmo.

Giraron la vista las mozas en todas direcciones, por si en alguna topaban con la explicación que Mari-Gracia parecia negarles, y vieron subir al cerro, por la parte de la Ermita, el grupo de Ramón y sus amigos. Al punto comprendieron el por qué del cambio del ros-

tro de su amiga; mas no dieron á la causa la misma importancia que aquella.

—Ramón viene ahí—dijo una.

—Pues yo me voy—exclamó Mari-Gracia temblorosa, mirando el camino por donde Colás se había marchado, temerosa de verlo aparecer.—No quiero conversación con ese hombre.

—¡Tonta! ¿Por qué?

—Porque no es santo de mi devoción y porque pué haber un disgusto.

—Mira que si te vas, se enrabia Ramón y entonces sí que pué que lo haiga. Lo mejor es que te quedes aunque estés seria con él.

—¡Lo que es eso!...

Y se quedó Mari-Gracia, al fin, sin saber si acertaba ó no.

—¡A la paz de Dios, muchachas!—dijo Ramón al llegar junto á las mozas.

—¡Dios te guarde Ramón!—le contestaron.

—Y *tu* Colás, ¿dónde anda?—preguntó encarándose con Mari-Gracia.

—¿*Mi* Colás? Yo no soy su guarda pa saber sus pasos.

—Es que no se le ha visto en tóo el día. ¡Ni que fuá un desertor!

—Pues él bien en mitá de la plaza estaba esta mañana cuando salía la gente de la Ermita. Y si es esta tarde, no ha hecho poco viso en lo alto del cerro.

—Pues no lo he visto, y cuidao que no soy ciego y por toas partes ando. A quien si ví venir de la Fiesta fué á tí, y pa hablarle de eso buscaba ahora á Colás.

—¿Pa hablarle de eso?

—Sí. Pa decirle que otras veces no torcía *su* Mari-Gracia la verea cuando se encontraba á solas conmigo.

—¡Infame!, ¡pillo!, ¡embustero!, ¡mala lengua! ¿Qué te he hecho yo pa que me quites la honra? ¡Ay madre mía de mi alma!

Y rompió á llorar amargamente, cayendo al suelo abrumada por tan ruín y cobarde calumnia.

***

Todo lo que pasó después fué obra de un minuto. Apenas si hubo quien se diera cuenta clara de lo sucedido. Como tirado del cielo cayó Colás en medio del grupo. Aquello no era un hombre, era un tigre más bien.

—¿Estás llorando Mari-Gracia? Lo prometío es deuda; voy por el chorro de sangre.

Metió mano á la faca, que describió en el aire una culebrina de centellas y se fué sobre Ramón, que pálido como la cera había buscado refugio entre sus amigos. Hasta allí llegó

Colás, arrollándolo todo; le sujetó por el cuello y alzó la faca para hundírsela.

—¡Que te pierdes, Colás de mi alma!— gritó Mari-Gracia, levantándose de un salto é introduciéndose veloz entre su calumniador y su amante.

Pero el brazo estaba levantado, estaba cayendo y no hubo quien lo pudiera detener. La cuchillada que debía matar á Ramón, partió él corazón de Mari-Gracia. En aquel instante asomó la Virgen.

Después no hubo más que confusión por todas partes.

La gente, huyendo primero sin dirección fija, acabó por arremolinarse en el cerrete.

La gritería era inmensa.

Cuando los padres de Mari-Gracia, atraídos como todos, por el bocerío, acudieron al grupo, manos piadosas les apartaron de él.

A Ramón se lo llevaron medio muerto del susto.

A Colás no podían separarle del cuerpo

inerte de su novia. Estaba como agarrotado, abrazándola.

La sangre de Mari-Gracia empapaba por igual las ropas de uno y otro. En una mano tenía Colás el pañuelo de seda que su novia le regalara la noche antes, y con él intentaba tapar el tremendo boquete de la herida. Inútil todo. La vida de la infeliz se había escapado ya por aquella puerta.

—¡Tu ruina y la mía, Mari-Gracia! ¡No te engañó el corazón; pa tóos ha habío llanto.

Acudieron los guardas de la vega, que por allí discurrían oficiando de agentes del orden, y cuando á duras penas consiguieron desenlazar los cuerpos de los amantes, se llevaron á Colás á la cárcel. El pañuelo ensangrentado no hubo medio de arrancárselo.

—Es lo que me quea; ¡dejádmelo por Dios —decía suplicante el pobrecillo, guardando de nuevo en su pecho aquella tela enrojecida;— dejádmelo por Dios!

Por todo el camino que recorrieron para

llegar á la cárcel, ni los guardas que le conducían ni el grupo de curiosos que le seguía, oyeron á Colás más que una frase: —«¡A ese lo mato yo!» Parecía aquella la única idea que había quedado en su cerebro.

Epílogo.

I

El «¡á ese lo mato yo!» de Colás, llegó á los oídos de Ramón y de su padre; y conociendo al mozo, no dudaban del cumplimiento de tan macabra promesa. Para evitarlo, salieron á relucir los duros de los ladrillos; se compraron testigos, se fraguaron declaraciones y se amañó el sumario. Meses después, cuando se celebró en la Audiencia la vista de la causa de Colás, lo mando el jurado por unos años á presidio.

II

Una mañana, transcurrido mucho tiempo, después de cumplir Colás, fué hallado en una

barranquera el cadáver de Ramón, con el corazón partido de una puñalada. Fijáronse las gentes en Colás, pero éste pudo probar su inocencia y siguió paseándose libremente. El sabía, sin embargo, que había quedao en paz con Mari-Gracia y con la justicia.

FIN

LS
C35251m

Castillo, Aureliano del
Mari-Gracia.

491603

DATE.

NAME OF BORROWER.

BINDING LIST MAY 2 0 1949

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

16722 35